

INTRODUCCIÓN

Para un espíritu filosófico, al que preocupen los orígenes del hombre, no hay más que tres historias verdaderamente importantes: la de Israel, la griega y la romana. Las tres reunidas constituyen lo que puede denominarse historia de la civilización, ya que la civilización es el resultado de la colaboración alternativa de Judea, Grecia y Roma. En tal obra corresponde, en mi concepto, a Grecia una parte punto menos que excepcional, por haber fundado, en toda la extensión de la palabra, el humanismo racional y progresivo. Nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestra moral, nuestra política, nuestra estrategia, nuestra diplomacia, nuestro derecho marítimo e internacional son de origen griego. El cuadro de la cultura humana creado por Grecia puede ampliarse indefinidamente, pero está inicialmente completo. El progreso consistirá eternamente en desarrollar lo que concibió Grecia, en cumplir los designios que Grecia bosquejó acertadamente.

No ofrece más que un fallo, bien que importante, dentro del círculo de su actividad intelectual y moral: despreció a los humildes y no experimentó la necesidad de un Dios justo. Sus filósofos, al imaginar la inmortalidad del alma, fueron tolerantes con las maldades del mundo. Sus religiones no pasaron de encantadoras niñerías locales: nunca se le ocurrió la idea de una religión universal.

El genio ardiente de una tribu pequeña, establecida en un rincón perdido de Siria, parecía creado para suplir este defecto del espíritu helénico. Israel no se conformó nunca con ver el mundo tan mal gobernado, bajo los mandatos de un Dios al cual suponían todos justo. Sus labios experimentaban ataques de ira al ver los abusos e iniquidades que abundan en el mundo. Un hombre malo, si moría viejo, rico y tranquilo, los enfurecía. Los profetas, desde el siglo IX antes de J.C., dan a esta idea las proporciones de un dogma. Los profetas israelitas son publicistas fogosos, a quienes llamaríamos hoy socialistas y anarquistas. Son fanáticos por la justicia social y proclaman en alta voz que si el mundo no es justo ni puede llegar a serlo, mejor sería destruirlo. Este concepto es falso, pero fecundo. Porque, como todas las doctrinas desesperadas, como el nihilismo ruso, por ejemplo, produce el heroísmo y despierta las fuerzas humanas.

Los fundadores del cristianismo, continuadores directos de los profetas, se extenuan con llamamientos incesantes pidiendo el fin del mundo

y, ¡cosa extraña!, transforman el mundo efectivamente. Con Jesús, los apóstoles y la segunda generación cristiana, se establece una religión, procedente del judaísmo, que a los tres siglos se impone a las razas más importantes de la humanidad. Y sustituye a los dioses, juguetillos patrióticos de las ciudades antiguas. Con las iglesias, que no son más que sinagogas abiertas a los incircuncisos, nace una idea de la asociación popular que se diferencia mucho de la democracia de las ciudades griegas. El cristianismo constituye en la historia un elemento tan importante como el racionalismo liberal de los griegos, aunque, bajo ciertos aspectos, menos seguro de alcanzar la eternidad. La tendencia del siglo XIX a secularizarlo todo, a hacer civiles muchas cosas que eran eclesiásticas, es una reacción contra el cristianismo, pero aun suponiendo que este movimiento alcance todas sus consecuencias, el cristianismo ha de dejar huellas indelebles. El liberalismo no será sólo el que gobierne el mundo. Inglaterra y América conservarán mucho tiempo restos de influencia bíblica, y nuestros socialistas, discípulos inconscientes de los antiguos profetas, obligarán siempre a la política racionalista a contar con ellos.

Todas las grandes creaciones de Grecia y Judea no habrían conquistado el mundo por sí solas. Ha sido necesario que el mundo, para aceptar el helenismo y el cristianismo, sufriera cierta preparación durante siglos enteros, y que se creara una gran fuerza humanitaria, fuerza capaz de derribar los obstáculos que los patriotismos locales oponían a las propagandas ideales de Grecia y Judea.

Roma llevó a cabo esta misión extraordinaria, con prodigios de virtud cívica, creó la fuerza en el mundo, y esta fuerza, en realidad, sirvió para propagar la obra griega y la obra judía. Es decir, la civilización. La fuerza no es cosa amable y por esto los recuerdos de Roma nunca tendrán el poderoso atractivo de las cosas israelitas y griegas. La historia romana no por eso deja de ser una de esas historias que aparecen como el eje de las demás, y que pueden llamarse providenciales, porque tienen su lugar señalado en un plano superior a las oscilaciones de todos los días.

Digo «providenciales», y no milagrosas. En el progreso de la humanidad, todo procede del mismo principio, natural e ideal a un tiempo. Pero si existieran historias milagrosas, como pretendieron los escritores cristianos, éstas por lo menos serían tres. La historia judía, que quisiera monopolizar el milagro, no es un hecho más extraordinario que la historia griega. Si hay que explicar aquélla por una intervención sobrenatural, lo mismo ocurre con la otra. Llego a afirmar que, a mi parecer, es Grecia el mayor milagro de la Historia. La aparición simultánea en la raza helénica de cuanto constituye el honor y el adorno del espíritu humano, me asombra bastante más que el paso en seco del Mar Rojo o del Jordán. ¡Dichoso quien escriba la historia de Grecia después de haber empleado toda la vida en estudiar los trabajos que le han consagrado las escuelas sabias! Le recompensará el mayor goce que se puede disfrutar: el de asistir a las evoluciones de la vida en el mismo centro del huevo divino donde empezó a palpar la existencia.

Pero, por tener envidia al futuro historiador del genio griego, ¿lamentaré el voto de nazareno que desde muy temprano me consagró al problema judío y cristiano? Ciertamente que no. Las historias judía y cristiana han sido el placer de dieciocho siglos, y aunque sean vencidas por el racionalismo griego, tienen aún admirable eficacia para mejorar las costumbres. La Biblia, en sus diversas transformaciones, es, a pesar de todo, el gran libro consolador de la humanidad. No es imposible que, cansado de las continuas quiebras del liberalismo, vuelva el mundo a ser judío o cristiano. Entonces será bueno que esté hecha la historia desinteresada de tan grandes cosas, porque el período de estudios imparciales sobre el pasado de la humanidad no habrá de ser muy largo. La afición a la historia es la más aristocrática de las aficiones y corre peligro.

A fin de mostrar una completa consecuencia en el designio, que concebí hace más de cuarenta años, de escribir la *Historia de los orígenes del Cristianismo*, debí empezar con la obra que hoy ofrezco al público.

Los orígenes del cristianismo se remontan a los grandes profetas, que introdujeron la moral en la religión, unos ochocientos cincuenta años antes de Jesucristo. El profetismo del siglo IX tiene sus raíces en el antiguo ideal de la vida patriarcal, ideal creado en parte por la imaginación, pero que había sido una realidad en un pasado lejano de la tribu israelita. No seguí este orden lógico, y si en los primeros momentos de mi existencia de escritor, me lancé desde luego con *La vida de Jesús*, en el centro mismo del asunto, fue porque la duración de la vida humana es incierta, y ante todo quise tratar de los ciento cincuenta primeros años del cristianismo. Además, confieso que me atraía Jesús. Los ensueños de un reino de Dios, cuya ley fuera el amor y la abnegación recíproca, me han seducido siempre. En cuanto creí tener tiempo para tratar la historia de Israel como había tratado la de Jesús y los apóstoles, la de San Pablo y de las primeras Iglesias, recuperé nuevas fuerzas. Seis años hace que me dedico casi exclusivamente a este gran trabajo y sólo llevo escrita la primera parte.

En ésta, apenas empieza el gran movimiento religioso de Israel, que arrastró al mundo entero en su torbellino. La vocación de Israel no es evidente. El pueblo no lleva aún en la frente ninguna señal clara que lo distinga de sus vecinos y congéneres. A primera vista se le tomaría por un pequeño pueblo sirio-árabe como otros muchos. Pero la infancia de los elegidos está llena de profecías y pronósticos, que no se comprenden hasta más adelante. El período más importante de la vida de los grandes hombres es su juventud, pues en tal momento su porvenir se dibuja como a través de un velo. El destino de Israel empezó a escribirse durante la Edad patriarcal. Sin ésta no se explica nada en la historia de Israel.

La Edad patriarcal, como todas las infancias, se pierde en la noche, pero el deber del historiador investigador de causas es aclarar estas tinieblas, con auxilio de la psicología y la filosofía. La Edad de oro de los Avios, se dirá, está tan documentada como la patriarcal, y la Edad de oro

no es más que un sueño. No hay comparación. La Edad patriarcal ha existido y ella existe aún en los países de vida árabe nómada, donde ha conservado su pureza.

Pese a los esfuerzos hechos para no sacrificar en este libro la admiración a la crítica y conservar sus derechos a la duda, demasiado es que la historia de Israel, escrita de esta manera, dejará descontentas a dos clases de personas: primero, a los israelitas exaltados que lo quieren todo o no quieren nada, y no se dan por contentos como no se describa el carácter y misión de Israel en tono apologético.

A causa de una singular equivocación etnográfica, la mayor parte de los judíos de nuestra época consideran antepasados suyos a los miembros de la tribu en cuyo seno se formó, por los esfuerzos de una minoría imperceptible, la religión que profesan.

Nunca puede contentar un escritor extranjero a la nación cuya historia escribe. A Daru la tienen en Venecia por enemigo: cuantos escritores hacen distinción entre la Grecia antigua y la moderna, son considerados por los griegos como unos malhechores. Dígase lo que se quiera, nada es bastante para contentar el amor propio nacional. No hay historia inmaculada. La del pueblo judío es de las más hermosas, pero no se puede afirmar que carece de manchas, porque entonces sería una historia extrahumana. Si pudiera yo disponer de una segunda vida, la consagraría seguramente a la historia griega, que, en ciertos respectos, es más bella aún que la judía. Las dos son las principales historias del mundo. Ahora bien; si escribiera yo la historia de los pueblos griegos, realmente maravillosa entre todas, tendría que señalar igualmente partes ingratas. Puede admirarse a Grecia sin sentirse obligado a admirar a Cleón, ni las feas cosas de la demagogia ateniense.

La obra de Israel se llevó a cabo, como todas las obras humanas, con auxilio de violencias y perfidias, a través de oposiciones, pasiones y crímenes innumerables. El espíritu judío extrajo su fuerza de sus rasgos menos simpáticos, de su fanatismo, de sus tendencias exclusivistas. Decir esto es una vulgaridad. La monarquía francesa, la unidad católica de la Edad Media, el protestantismo, la Revolución, nacieron también por toda clase de crímenes y errores. **A un gran hombre, lo constituyen tanto sus defectos como sus cualidades.** Las brusquedades y durezas de Napoleón, que con motivo molestan a mi amigo Taine, eran una parte de su fuerza. Si hubiera sido bien educado, modesto y cortés como nosotros, habría fracasado, y habría sido impotente como nosotros.

Mi historia descontentará también a los espíritus mezquinos que no admiten que se historie un tiempo del cual no se puede relatar una serie de datos materiales ciertos.

Faltan tales hechos en la historia de Israel anterior a David. Para contentar a los historiadores de tal escuela, este volumen debería estar en blanco. Semejante método es, en opinión mía, la negación de la crítica, y tiene un doble inconveniente. Lleva a una credulidad tosca o a un escepticismo no menos ciego. Con arreglo a él unos aceptarían las fábulas más indigestas y otros, para no admitir fábulas, rechazarían verdades precio-

sas. Lo cierto es que, a pesar de la falta de datos rigurosamente históricos, pueden saberse muchas cosas de épocas anteriores a la Historia propiamente dicha. Los poemas homéricos no son libros de historia, y, sin embargo, no hay página tan luminosa como el cuadro de la vida griega mil años antes de Jesucristo que tales poemas nos ofrecen. Los relatos árabes anteislámicos no son historia, y no obstante pueden servir para hacer pintura de una realidad sorprendente. Las novelas asturianas de la Edad Media no tienen una palabra de verdad y son tesoros de datos sobre la vida social de la época en que se escribieron. Las leyendas de santos, por lo general, no son históricas, pero sí maravillosamente instructivas en cuanto se refiere al color de época y de costumbres.

Los críticos limitados, que niegan la existencia de períodos oscuros sobre los cuales carecemos de documentos rigurosamente históricos, se privan de la parte más verdadera e importante de la Historia. Una novela puede ser, a su modo, un documento histórico cuando se conocen sus relaciones con el tiempo en que se escribió. Las generalidades históricas sacadas de los textos antiguos son verdades colegidas, y no por eso son menos ciertas. ¡Cuántas cosas están en el mismo caso! El sistema del mundo se ha inferido por raciocinio inductivo de la observación, pero no ha sido observado directamente.

Como ya he dicho, no se trata en tales historias de saber ciertamente cómo ocurrieron las cosas, sino de figurarse las diversas maneras como pudieron ocurrir. Lo que no es verdad en un caso lo es en otro. Los juicios sobre los hombres tienen muchas probabilidades de error en tales condiciones; los reconozco; pero ésta no es dificultad que únicamente encontraremos en los tiempos fabulosos. Los juicios sobre los hombres, fuera de ciertos casos excepcionales, sólo son posibles en tiempos históricos, muy documentados o muy próximos a nosotros, y aun así quedan muchas puertas abiertas a la ilusión. En semejantes casos, a cada frase debe acompañar un *quizá*. Creo usar bastante este adverbio, y si se cree que anda escaso, supóngase que va profusamente sembrado por los márgenes, y entonces se tendrá la medida exacta de mi pensamiento.

En el fondo, Calmet¹ y Voltaire son igualmente incapaces de entender las historias viejas, porque el uno admite lo que está escrito y el otro lo rechaza todo en cuanto ve un error o una inverosimilitud en los relatos antiguos.

El defecto es el mismo en ambos y se resume en una incapacidad para comprender la diferencia de los tiempos y en una falta de conocimiento de cuanto constituye la esencia de la tradición popular. Cuando la tradición ésta no sabe nada, sigue hablando y toma sombras por gigantes, y palabras por hombres. La confianza exagerada conduce, cuando se ha sido engañado, a desconfianzas pueriles. La falta de crítica, que caracteriza el espíritu francés, así en la guerra y en la política como en la apreciación de la alta antigüedad, procede en general de una exagerada sen-

1. El abate Calmet, historiador cristiano del siglo XVIII, objeto de las ironías de Voltaire en su *Diccionario filosófico*. (N. del t.)

cillez de concepto. No es posible defenderse contra tales asechanzas. Se razona acerca de Rómulo, Eneas o Josué, del mismo modo que sobre Napoleón, como si tuviésemos periódicos o registro civil del tiempo de Rómulo, como si conociéramos a Eneas por testimonios contemporáneos, como si estuviera muy extendida la escritura en aquellos remotos tiempos, como si las imágenes prehistóricas no hubieran flotado cinco o seis siglos entre la niebla de la tradición oral, en la cual nada se ve a cincuenta años de distancia, como si los héroes de un tiempo en que los ríos tenían hijos y concebían las montañas, no tuvieran que ser tratados según reglas particulares.

Hace cien años que el abate Barthélemy trataba tales niñerías como merecen. «En aquel tiempo —escribe— vivía un hombre que se llamaba Eneas, y era bastardo, cobarde y devoto. Tales cualidades le valieron la estimación del rey Príamo que, no sabiendo qué darle, le dio una hija suya por esposa. Su historia empieza en las oscuridades de la toma de Troya. Salió de la ciudad, perdió a su mujer en el camino, se embarcó, tuvo amores con Dido, reina de Cartago, que vivió cuatrocientos años más tarde que él, dio juegos muy divertidos junto al sepulcro de su padre Anquises, muerto en Sicilia, y llegó a Italia, cerca de la desembocadura del Tíber, donde lo primero que vio fue una cerda que acababa de parir treinta cerditos blancos...»

Creo, como Barthélemy, que no se perjudica mucho a la Historia quitándole estas lindezas. Si después de eliminar la leyenda ó de tratarla como tal, no queda más que un contorno indistinto de figuras que indudablemente fueron grandes, pero que han sido borradas por los siglos, ¿qué le vamos a hacer?

La Historia está obligada a deducir toda la verdad posible de los medios que tienen a su disposición: hará el trabajo más necio del mundo si cuenta fábulas pueriles en el tono de un relato serio. Pintar a los grandes hombres de la alta antigüedad, poniéndolos en lontananza, no es achicarlos. Un gigante colocado en el último término de un cuadro, siempre es un gigante. No tengo la culpa de que Moisés, a la distancia que está, parezca un cipo informe, como las estatuas de sal de la mujer de Loth. Si Moisés existió, como es de creer, fue mil cuatrocientos o mil quinientos años antes de Jesús. A éste le conocemos por un testimonio contemporáneo, el de San Pablo. La leyenda que le envuelve es obra de la segunda y tercera generaciones cristianas. Las leyendas más antiguas sobre Moisés nacieron quinientos años o más después que él. ¿Se ha echado en cara alguna vez a Rafael haber pintado a Cristo en su *Transfiguración* más pequeño que quienes están a sus pies?

Harto han tenido que esforzarse la crítica y la filosofía modernas para llegar a encontrar la verdad en estos textos antiguos, en los cuales parece que todo se ha combinado para inducirnos a error. Los antiguos relatos épicos, sinceros a su modo, los retoques teocráticos, los arreglos sacerdotales se superponen a veces en el mismo párrafo y se necesita vista perspicaz para discernirlos. Es un problema análogo al que ofrecen los rollos de Herculano, en que se ven al principio centenares de letras, sin

que se pueda decir a qué páginas pertenecen, porque los pliegos están adheridos unos a otros y forman una masa carbonizada. En las partes históricas de la Biblia, las relaciones se compenentran de tal modo, las tijeras de los recopiladores han hecho tan caprichosos cortes, que a veces hay que renunciar a la selección en tan raras mezclas. Lo mejor, en ciertos casos, es abstenerse. Sin embargo, el arte crítico vence en algunas ocasiones, en estos desafíos dirigidos contra nuestra sagacidad. Los problemas relativos a la historia de Israel han sido tratados con gran profundidad por los señores Reuss, Graf, Kuenen, Noeldeke, Wellhausen y Stade. Supongo que los lectores conocen las obras de hombres tan eminentes. Allí encontrarán la explicación de varios puntos que no podría yo tratar en detalle sin repetir lo que se ha dicho ya muy bien.

El orden cronológico impuesto en una historia es causa de que muchas cuestiones enlazadas con las tratadas en la primera parte de la presente obra no queden dilucidadas hasta la segunda, especialmente las relativas a la edad y autoridad de los textos. En esta primera parte he tenido que utilizar textos cuya composición y arreglo se especificarán en la segunda.

El sistema de historia literaria que, en el curso de la obra, se irá desarrollando difiere sólo en una cosa del adoptado generalmente en las grandes escuelas alemanas y holandesas. Al lado de la redacción llamada «jehovista», del Hexateuco, que parece compuesta en el reino de Israel unos ochocientos años antes de Jesucristo, admitió a un *elohísta antiguo*, que supongo compuesto en Jerusalén algo más tarde, en tiempo de Ezequías. Evito también relacionar con una época moderna partes elohístas como el principio del Génesis, muy diferentes de lo que hicieron los judíos después del cautiverio. Mis opiniones acerca del *Iasar*, del *Libro de las guerras de Jehová* y en general de los libros antiguos de carácter épico e idílico, casi profano, que precedieron a la redacción del Hexateuco, están indicadas anticipadamente en esta primera parte.

En cuanto a los nombres propios conocidos, he respetado las transcripciones ya adoptadas, aunque sean algo defectuosas, como Salomón, Moisés... Para los demás nombres, que no tienen forma vulgar conocida, he procurado que tengan forma pronunciable y que cada consonante hebrea se represente con una sola letra.

La parte de la historia hebrea tratada en esta primera parte ha podido aclararse merced a la egiptología y a la asiriología, esas dos grandes creaciones científicas de nuestro siglo. El manual más cómodo para la asiriología en sus relaciones con la Biblia, es el libro de Schrader, y para la egiptología, el mejor guía ha sido mi sabio colega del Instituto, mister Maspero, que ha tenido la bondad de leer todos los capítulos de este libro que tratan de Egipto, y de auxiliarme con sus luces.

Desde que, hace no menos de cuarenta años, empecé a hablar al público de historia religiosa, han ocurrido importantes acontecimientos. No se disputa ya sobre el fondo de la religión, lo cual me parece un progreso notable, porque es como reconocer que en el infinito hay lugar para que todo el mundo invente su novela. La libertad, a estilo ameri-

cano, es la consecuencia de este estado de cosas, y creo que dentro de cien años casi todas las naciones civilizadas harán lo mismo. Podemos aguardar pacientemente, porque ahora en casi todos los países civilizados, con raras excepciones, nadie está obligado a actos contrarios a su conciencia, y cada cual puede casarse, educar a sus hijos y disponer su entierro como mejor le parezca. Esto implica un resultado inmenso. Desde el momento en que se reconoce que todas las Iglesias, valgan lo que valgan, son cosa de tradición y no de verdad absoluta, no hay razón para que existan divisiones sobre lo que no es más que un hecho histórico material. Las interminables polémicas originadas por las luchas del catolicismo, el protestantismo y el judaísmo, han perdido toda utilidad, fuera del movimiento histórico que han determinado.

Tal interés histórico no cede. Mucho tiempo se ha de hablar de religiones, después de haber dejado de creer en ellas. La ruina de la teología no implica la ruina de la historia de la teología, así como el poco interés que hoy despierta el estudio de la filosofía metafísica, no quita interés a la historia de la filosofía antigua. Ver el pasado como fue es el mayor goce y la más noble curiosidad del hombre, y además la más útil. La verdad debe saberse siempre. Si pudiéramos conocer la verdad de lo pasado y de lo presente de la humanidad, seríamos sabios perfectos. Toda falta procede de un error. Si Luis XIV hubiera aprendido la historia del protestantismo en mejores fuentes, no habría renovado el edicto de Nantes. Si San Luis hubiera sabido mejor la historia de la Iglesia, no habría consentido que la Inquisición diezmasa a sus súbditos. Si Marco Aurelio hubiera estado más enterado de la historia del cristianismo, no habrían ocurrido las escenas atroces del anfiteatro de Lyon. Si los legisladores de la Revolución hubieran conocido mejor la esencia del catolicismo, desde el concilio de Trento, no habrían soñado con una Iglesia nacional para Francia. Si nuestro partido radical estuviera más versado en historia religiosa, sabría que las religiones son mujeres de las cuales puede lograrse todo valiéndose de la maña, pero que no concenden nada a la fuerza.

¿Y este resultado escéptico o negativo es lo único que se saca del estudio de esos largos errores? ¿Es tan importante estudiar qué etapas ha recorrido la pobre humanidad para ver que las cumbres del Olimpo y del Sinaí están ahora desiertas, que el cielo está vacío, que la tierra es pequeña, que el trueno es un fenómeno de amplitud más aparente que real, y que el arco iris es un juego de luz refractada en gotitas de lluvia? No; el razonamiento de Kant conserva toda su fuerza. Las religiones son vanas, como todas las filosofías; pero no es vana la filosofía ni la religión.

Sin esperar recompensa alguna, el hombre se consagra al deber hasta la muerte. Víctima de la injusticia de sus semejantes, levanta la vista al cielo. Causas generosas que no le interesan, hacen palpar su corazón. Los *elohim*¹ no moran ya en las nieves perpetuas; no se los encuentra, como cuando vivía Moisés, en los desfiladeros de las montañas; habitan

1. Ángeles o genios bíblicos. (N. del t.)

en el corazón del hombre, del cual nunca serán expulsados. Lo justo, lo verdadero y lo bueno son queridos por una fuerza superior. El progreso de la razón no ha sido funesto más que para los dioses falsos. El verdadero Dios del Universo, el Dios único, el que se adora llevando a cabo una buena acción, o aconsejando bien a los hombres, durará una eternidad.

La seguridad de haber servido, a pesar de no pocos defectos, a esta causa excelente, es la que me inspira confianza absoluta en la bondad divina. Tengo cariño a este libro por creerlo útil al progreso religioso. Suplico para esta primera parte de mi obra consagrada a tiempos muy oscuros, como lo solicité para la *Vida de Jesús*, algo de la indulgencia que se otorga a los videntes, y que éstos necesitan. Aunque me haya equivocado en algunas conjeturas, estoy seguro de haber comprendido en su conjunto la obra única que «el soplo de Dios», es decir, el alma del mundo, realizó por medio de Israel.